

zar un tantico el rigor de la órden, en favor del regalo que estas damas le quieren hacer en corta demostracion de su reconocimiento.—¡Oh! señor doctor, repuso Fabricio, ese es otro cantar. No puedo resistir á esa figura retórica usada tan á tiempo. Ea, pues, veamos lo que me quiere regalar.—Daréle á vd., dijo Camila, un collar de perlas, y unos pendientes de piedras que valen buen dinero.—Sí, respondió Fabricio taimadamente, con tal que no sean de las que te envió tu tio el gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero.—Os aseguro que son finas, dijo Camila; y al mismo tiempo mandó á la vieja trajese una cajita donde estaban el collar y los pendientes, que ella misma puso en manos del señor alguacil; y aunque este era tan diestro lapidario como yo, no dejó de conocer, sin quedarle alguna duda, que eran finas así las piedras de los pendientes, como las perlas del collar.—Estas alhajas, dijo despues de haberlas mirado atentamente, me parecen de buena ley, y si se añade á ellas el candelero de plata que el señor Gil Blas tiene en la mano, no respondo ya de mi obediencia al señor corregidor.—No creo, dije entonces á Camila, que por semejante friolera quiera vd. deshacer un convenio que le tiene tanta cuenta. Diciendo y haciendo quité la vela del candelero, se la entregué á la vieja, y alargué este á Fabricio, que, contentándose con ello, quizá porque no vió en la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar fácilmente, dijo á las dos mugeres:—Adios, reinas mias, y pierdan cuidado, que voy á hablar al señor corregidor, y á dejarlas con él mas puras y mas blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nunca le hacemos relacion que no sea verdadera, sino cuando tenemos algun poderoso motivo que nos obligue á desfigurar un poco la verdad.



CAPÍTULO V.

Prosigue la aventura de la sortija; deja Gil Blas la medicina, y se ausenta de Valladolid.



JECUTADO tan felizmente el admirable proyecto de Fabricio, salimos de casa de Camila alabándonos de un suceso que habia superado nuestras esperanzas, porque solo habiamos ido á recobrar una sortija, y nos llevamos lo demas sin ceremonia ni el menor remordimiento. Lejos de hacer escrúpulo de haber robado á dos mugeres del partido, creiamos haber hecho un acto meritorio.—Señores, dijo Fabricio, luego que estuvimos en la calle, soy de parecer que para coronar esta bella hazaña váyamos á nuestra taberna de lo caro, donde pasaremos alegremente la noche. Mañana venderemos el collar, los pendientes y el candelero; haremos nuestras cuentas, y repartiremos el dinero como hermanos. Hecho esto cada uno se irá á su casa, y discurrirá lo que mejor le pareciere para escusarse de haber pasado la noche fuera de ella. Tuvimos por muy prudente y juicioso el pensamiento del señor alguacil. Volvimos, pues, todos á nuestra taberna, pareciéndoles á unos que fácilmente encontrarían algun buen pretexto para disculpar el haber dormido fuera, y no dándoseles á otros un pito de que los despidiesen sus amos.

Dióse órden de que se nos dispusiese una buena cena, y nos sentamos á la mesa con tanto apetito como alegría. Durante ella se suscitaron especies muy graciosas; sobre todo Fabricio, que era fecundísimo, y hombre de gran talento para mantener siempre viva la conversacion, y divertir á toda la compañía. Ocurriéronle mil dichos llenos de sal española, que nada debe á la sal ática; pero estando en lo mejor de la diversion y de la risa, turbó nuestra alegría un lance inesperado y sumamente desagradable. Entró en el cuarto donde estábamos un hombre bastante bien plantado, á quien acompañaban otros dos de muy mala catadura. Tras éstos entraron otros tres; y en fin, de tres en tres fueron entrando hasta doce, todos con espadas, carabinas y bayonetas. Conocimos que eran ministros verdaderos de justicia, y fácilmente penetramos su intencion. Al principio pensamos en defendernos; pero en un instante nos

rodearon y nos contuvieron, así por su mayor número, como por el respeto que tuvimos á las armas de fuego.—Señores, nos dijo el comandante con cierto airecillo burlon, tengo noticia de la ingeniosa invencion con que ustedes han recobrado de mano de cierta aventurera no sé qué preciosa sortija. El estratagema fué ingenioso y escelente, tanto que merece ser públicamente premiado: recompensa que no se les puede á ustedes negar. La justicia, que tiene destinado á ustedes digno alojamiento en su misma casa, no dejará ciertamente de premiar un esfuerzo tan raro de ingenio. Turbáronse á estas palabras todas las personas á quienes se dirigian, y mudamos todos de tono y de semblante, llegándonos la vez de experimentar el mismo terror que habíamos causado en casa de Camila. Sin embargo, Fabricio, aunque pálido y casi muerto, intentó disculparnos.—Señor, dijo todo trémulo, nuestra intencion fué sin duda buena, y en gracia de ella se nos puede perdonar aquella inocente superchería.—¿Qué diablos? replicó el comandante con viveza, ¿á esa llamas tú superchería inocente? ¿Ignoras por ventura que huele á cañamo, ó cuando menos á baqueta esa inocente superchería? Fuera de que á ninguno le es lícito hacerse justicia á sí mismo por su propia mano, os llevasteis, ademas de la sortija, un collar de perlas, un candelero de plata, y unos pendientes de diamantes. Lo peor de todo es que para hacer este robo os fingisteis ministros de justicia. ¡Unos hombres miserables suponerse gente honrada para hacer tal villanía, y cometer semejante maldad! ¿Os parece esta una culpa venial que se lava con agua bendita? Sereis muy dichosos si solo se echa mano de la penca para borrarla y castigarla. Cuando llegamos á comprender que la cosa era mas seria de lo que nosotros habíamos imaginado, nos echamos todos á sus piés, y le suplicamos con lágrimas que se apiadase de nosotros y de nuestra inconsiderada juventud; pero todos nuestros clamores fueron inútiles. Despreció con indignacion la propuesta que le hicimos de cederle el collar, los pendientes y el candelero. Tampoco quiso admitir la sortija que verdaderamente era mia, quizá porque se la ofrecia á presencia de tantos testigos. En fin estuvo incesorable. Hizo desarmar á mis compañeros, y nos llevó á todos á la cárcel. En el camino me contó uno de los alguaciles que, habiendo sospechado la vieja que vivia con Camila, que no éramos gente de justicia, nos habia seguido á lo lejos hasta la taberna, y que, teniendo modo de ocultarse y confirmar sus sospechas, dió prontamente parte de todo á una ronda para vengarse de nosotros.

En la cárcel nos registraron á todos hasta la camisa. Quitáronnos el collar, los pendientes y el candelero, como tambien á mí aquella sortija de rubíes de las Filipinas, que por desgracia habia metido en un bolsillo, sin dejarme siquiera los pocos reales que aquel dia me habian valido mis

recetas, por donde conocí que los ministriles de Valladolid sabian tan bien su oficio como los de Astorga, y que toda aquella gentecilla tenia unos mismísimos modales. Mientras nos despojaban de dichas alhajas y de lo demas que encontraron, el cabo de ronda referia nuestra aventura á los ejecutores del espolio. Parecióles el negocio de tanta gravedad, que algunos nos pronosticaban iríamos á la horca sin remedio, y otros menos severos decian que la cosa se podria componer con doscientos azotes y algunos años de servicio en las galeras. Mientras resolvia sobre esto el corregidor, nos encerraron en un oscuro calabozo, donde dormimos sobre paja estendida ni mas ni menos que se estiende para que duerman los caballos. Hubiera quizá durado esto largo tiempo, y no habríamos salido de allí sino para ir á galeras, si al siguiente dia, habiendo oido el señor Manuel Ordoñez lo que habia sucedido, no hubiese tomado á su cargo hacer todo lo posible por sacar á Fabricio de la cárcel, lo que no podia ser sin que á todos nos diesen libertad. Era un hombre que estaba muy bien quisto en todo Valladolid; é hizo tantos empeños, y revolió tanto, que al cabo de tres dias nos vimos todos libres, bien que no salimos de la prision como habíamos entrado. El collar, los pendientes, el candelero, y hasta mi pobre rubí, todo se quedó allá. Esto me trajo á la memoria aquello de Virgilio: *Sic vos non vobis, &c.*

Luego que nos vimos fuera de la cárcel, nos fuimos todos á buscar nuestros amos. Recibióme muy bien el doctor Sangredo, y me dijo:—Mi Gil Blas, no supe tu desgracia hasta esta mañana, y estaba pensando en empeñarme fuertemente por tí. Es menester, amigo, no desconsolarte ni acobardarte por este accidente; antes bien ahora mas que nunca te has de aplicar á la medicina.—Respondíle que este era mi ánimo, y con efecto me apliqué enteramente á ella. Lejos de faltarme que trabajar, nunca hubo mas enfermos, como lo habia pronosticado mi amo. Acometieron fiebres epidémicas en la ciudad y arrabales. Teníamos que visitar cada uno todos los dias ocho ó diez enfermos, por lo que se deja conocer que se beberia mucha agua, y que se derramaria gran porcion de sangre. Mas yo no sé como era esto: todos se nos morian, ó porque nosotros los curábamos mal (lo cual claro está que no podia ser), ó porque eran incurables las enfermedades. A raro enfermo hacíamos tercera visita, porque á la segunda nos venian á decir que ya le habian enterrado, ó á lo menos que estaba agonizando. Como todavía era yo un médico nuevo, poco acostumbrado á los homicidios, me affigia mucho de los sucesos funestos que me podian imputar.—Señor, dije un dia al doctor Sangredo, protesto al cielo y á la tierra que observo esactamente el método de vd.; pero con todo mis enfermos se van al otro mundo. Parece que ellos mismos adredemente se quieren morir, no mas que por

tener el gusto de desacreditar nuestros remedios. Hoy mismo encontré dos que llevaban á enterrar.—Hijo, me respondió, poco mas, poco menos, lo propio me sucede á mí. Pocas veces logro la satisfaccion de que sanen los enfermos que caen en mis manos: y si no estuviera tan seguro de los principios que sigo, creeria que mis medicamentos eran enteramente contrarios á las enfermedades.—Señor, le repliqué, si vd. quisiera creerme, seria yo de sentir que mudásemos de método. Probemos por curiosidad el usar en nuestras recetas de preparaciones químicas; ensayemos el quermes; lo peor que nos podrá suceder será lo mismo que experimentamos con nuestra agua y con nuestras sangrías.—De buena gana, me respondió, haria yo esa prueba si no fuera por un inconveniente. Acabo de publicar un libro en que ensalzo hasta las nubes el frecuente uso de la sangría y del agua; ¿y ahora quieres tú que yo mismo desacredite mi obra?—¡Oh! repuse yo; siendo así, no es razon conceder ese triunfo á sus enemigos. Dirian que vd. se habia desengañado, y le quitarian el crédito. Perezca antes el pueblo, nobleza y clero, y llevemos nosotros adelante nuestra tema. Al cabo nuestros compañeros, á pesar de lo mal que están con la lanceta, no veo que hagan mas milagros que nosotros, y creo que sus drogas valen tanto como nuestros específicos.

Fuimos, pues, continuando con nuestro método favorito, y en pocas semanas dejamos mas viudas y huérfanos que el famoso sitio de Troya. Parecia que habia entrado la peste en Valladolid: tantos eran los entierros que se veian. Todos los dias se presentaba en nuestra casa un padre que nos pedia un hijo, á quien habiamos echado á la sepultura, ó un tío que se quejaba de que hubiésemos muerto á su sobrino; pero nunca veíamos á ningun sobrino ó hijo que viniese á darnos las gracias porque con nuestros remedios habiamos dado la salud á su padre ó á su tío. Por lo que toca á los maridos, tambien eran prudentes; pues ninguno vino á lamentarse de nosotros porque hubiese perdido á su muger. Con todo eso algunas personas verdaderamente afligidas venian tal vez á desahogar con nosotros su pena. Tratábanos de ignorantes, de asesinos, de verdugos, sin perdonar los términos y voces mas descompuestas, mas rústicas y mas ignominiosas. Irritábanme sus epítetos groseros; pero mi maestro, que estaba muy acostumbrado á ellos, los oia con la mayor frescura y serenidad de ánimo. Acaso me hubiera yo tambien hecho con el tiempo á oirlos con igual serenidad si el cielo, quizá por librar de este azote mas á los enfermos de Valladolid, no hubiera suscitado un accidente que desterró en mí la inclinacion á la medicina que ejercia con tan infeliz écsito, y el cual describiré fielmente, aunque el lector se ria á mi costa.

Habia cerca de casa un juego de pelota, á donde concurría diariamen-

te toda la gente ociosa del pueblo, entre ella uno de aquellos valentones y perdonavidas de profesion, que se erigen en maestros, y deciden definitivamente todas las dudas que ocurren en semejantes parages. Era Vizcaino, y hacia que le llamasen Don Rodrigo de Mondragon. Parecia como de treinta años, hombre de estatura ordinaria, seco y nervudo. Sus ojos eran pequeños y centellantes, que parecia daban vueltas en las órbitas, y que amenazaban á todos los que le miraban; una nariz muy chata le caia sobre unos bigotes retorcidos, que en forma de media luna le subian hasta las sienas. Su voz era tan áspera y desabrida, que bastaba oirla para cobrar terror. Este guapo se levantó con el mando del juego de pelota. Resolvía soberana y decisivamente todas las disputas que ocurrian entre los jugadores. No admitia mas apelacion de sus sentencias que la espada ó la pistola: el que no se conformaba con ellas tenia seguro al dia siguiente un desafío. Este señor Don Rodrigo, tal cual le acabo de pintar, y sin que el Don que siempre iba delante de su nombre le quitase el ser plebeyo, hizo una tierna impresion en el corazon de la dueña del juego. Tenia esta cuarenta años, era rica, bastante bien parecida, y habia quince meses que estaba viuda. No sé qué diablos la pudo enamorar de aquel hombre. Seguramente que no se enamoró de él por su hermosura. Seria sin duda por aquel *no sé qué* de que todos hablan, y ninguno sabe explicar. Como quiera que sea, el hecho es que ella se enamoró de aquella rara figura, y determinó darle su mano. Cuando estaba ya para concluirse el tratado, cayó gravemente enferma, y por su desgracia me tocó á mí el ser su médico. Aunque su enfermedad no hubiera sido de suyo tan maligna, bastarian mis remedios para hacerla peligrosa. Al cabo de cuatro dias llené de luto el juego de pelota, porque envié á la dueña del juego á donde enviaba á mis enfermos, y sus parientes se apoderaron de cuanto dejó. Don Rodrigo, desesperado de haber perdido su novia, ó por mejor decir, la esperanza de un matrimonio tan ventajoso, no satisfecho con vomitar fuego y llamas contra mí, juró que me atravesaria de parte á parte con la espada la primera vez que me viese. Dióme noticia de este juramento un vecino mio caritativo, y me aconsejó no saliese de casa para no encontrarme con aquel diablo de hombre. Este aviso, que me pareció no era de despreciar, me llenó de miedo y turbacion. Continuamente me imaginaba que veia entrar en casa al furioso Vizcaino; y este pensamiento no me dejaba sosegar. Obligóme en fin á dejar la medicina, y á buscar modo de librarne de semejante sobresalto. Volví á coger mi vestido bordado, despedíme de mi amo, que por mas que hizo no me pudo contener, y al amanecer del dia siguiente salí de la ciudad, temiendo siempre encontrar á Don Rodrigo de Mondragon en el camino.



CAPÍTULO VI.

A dónde se encaminó Gil Blas despues que salió de Valladolid, y qué especie de hombre se incorporó con él.



AMINABA muy aprisa, y de cuando en cuando volvía á mirar atras por ver si me seguía el formidable Vizcaino. Teniale tan presente en la imaginacion, que cada bulto y cada árbol me parecia que era él; y continuamente me estaba dando saltos el corazon; pero despues que anduve una buena legua, me sosegué, y proseguí mi viage con mayor quietud, dirigiéndome á Madrid, á donde habia hecho ánimo de ir. No sentí dejar á Valladolid, y solo sí el haberme separado de Fabricio, mi amado Pilades, sin haber podido despedirme de él. No me pesaba el haber abandonado la medicina, antes bien pedia perdon á Dios de haberla ejercido. Con todo no dejé de contar el dinero que llevaba, aunque era el salario de mis homicidios y de mis asesinatos; semejante á las mugeres públicas, que, despues de arrepentidas de su mala vida, no por eso dejan de contar con gusto el dinero que les ha valido. Halléme con unos cinco ducados, lo que me pareció bastante para llegar á Madrid, donde creia hacer fortuna. Ademas tenia gran gana de ver aquella corte, que me habian pintado como el compendio de todas las maravillas del mundo.

Mientras iba pensando en lo que habia oido decir de ella, y recreándome anticipadamente en las diversiones y gustos que me imaginaba habia de gozar, oí la voz de un hombre que venia cantando tras de mí á gznate tendido. Traia á cuestras una maleta, en la mano una guitarra, y al lado una larguísima espada. Caminaba con tanto brio, que muy presto me alcanzó. Era uno de aquellos dos aprendices de barbero que habian estado presos conmigo por la aventura de la sortija. Desde luego nos conocimos los dos, y aunque uno y otro estábamos en tan diferente trage, quedamos igualmente admirados de vernos juntos en aquel sitio. Si yo me mostré alegre por ir en su compañía durante el viage, él no manifestó menos alborozo por haberme encontrado. Contéle brevemente la causa de haber dejado á Valladolid; y él me correspondió diciéndome que habia tenido una pelotera con su maestro, de cuya resulta uno y otro se habian despedido para siempre. Si hubiera querido mantenerme aun en Valladolid, añadió, habria encontrado diez tiendas

por una, porque sin vanidad me atreveré á decir que acaso no se encontrará en toda España quien sepa rasurar mejor á pelo y contrapelo, ni levantar mejor unos bigotes; pero no pude resistir á la vehemente gana de volver á ver mi patria, de la que ha diez años que falto. Quiero respirar algun tiempo el aire nativo, y saber como están mis parientes. Pasado mañana espero verme entre ellos, porque residen en Olmedo, villa muy conocida, mas acá de Segovia.

Me determiné á ir en compañía del barbero hasta su lugar, y desde allí pasar á Segovia, con esperanza de encontrar alguna mayor comodidad para llegar á Madrid. Comenzamos á hablar de cosas indiferentes para divertir la molestia del camino. Era el mozuelo de buen humor y de muy grata conversacion. Al cabo de una hora me preguntó si tenia apetito.—En llegando al meson lo veremos, le respondí.—¿Pero no se puede tomar antes alguna parva? me replicó; yo traigo en la alforja algo que almorzar: cuando camino siempre tengo cuidado de llevar para la bucólica, y no gusto de cargar con vestidos, ropa blanca, ni otros trapos inútiles, metiendo solo en la alforja municiones de boca, mis navajas y un poco de jabon y colgando la vacía del cinto. Alabé su prevision, y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponia. Me sentia con hambre, y consentí en gozar de un grande almuerzo á vista de lo que me acababa de decir. Desviámonos un poco del camino para sentarnos en un prado, donde sacó su provision el barberillo, que toda consistia en media docena de cebollas, algunos mendrugos de pan, y unos bocados de queso; pero lo que presentó como lo mejor y mas precioso de la alforja fué una botita llena de vino que aseguró ser muy esquisito y sabroso. Aunque los manjares no eran los mas delicados, como á los dos nos apretaba el hambre, nos supieron muy bien, y no los desairamos. Vaciamos tambien toda la bota, que hacia dos azumbres, de un vino que á mi parecer no merecia que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluida nuestra frugal refaccion, nos volvimos á poner en camino y á continuar nuestro viage con mas vigor y con mayor alegría. El barberillo, á quien Fabricio habia dicho que mi vida estaba llena de aventuras muy singulares, me suplicó se las contase, para poder decir que las habia oido de mi propia boca. Pareciéndome que nada podia negar á un hombre que acababa de regalarme con tan espléndido almuerzo, le dí el gusto que deseaba, y en correspondencia le dije era menester me refriese tambien él su vida.—Por lo que toca á mi historia, contestó, no merece cierto ser contada, porque toda ella se reduce á hechos sencillos; pero sin embargo, añadió, ya que no tenemos cosa mejor en que entretenernos, se la referiré á vd. tal cual ella ha sido. Y diciendo y haciendo comenzó á contarla poco mas ó menos en los términos siguientes.